



LECTIO DIVINA

IV semana de cuaresma
Del 30 de marzo al 05 de abril de 2025



3 DOMINGO Lc 13, 1-9

Jesús nos presenta al Dios de las Oportunidades, que siempre tiene puesta su esperanza en nosotros. A veces, estamos desinflados, nos falta el aliento, no rodamos bien pero Dios no nos sustituye o reemplaza nos repara. Llenanos del aire de tu Espíritu **repara nuestras fugas** y rodemos juntos.

Oración introductoria

Dame, Señor, una fe que te reconozca en los detalles.

Petición

Señor Jesús, vengo a encontrarme contigo, para escuchar lo que quieres de mí.

Lectura del libro de Isaías (Is. 65, 17-21)

Esto dice el Señor: «Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén “alegría”, y a su pueblo, “júbilo”. Me alegraré por Jerusalén y me regocijaré con mi pueblo, ya no se oirá en ella ni llanto ni gemido; ya no habrá allí niño que dure pocos días, ni adulto que no colme sus años, pues será joven quien muera a los cien años, y quien no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán los frutos».

Salmo (Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11-12a y 13b)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R.

Tañed para el Señor, fieles suyos, celebrad el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R.

Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 4, 43-54)

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: «Un profeta no es estimado en su propia patria». Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Si no veis signos y prodigios, no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre» El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

Releemos el evangelio

San Anastasio de Antioquía (¿-599)

monje después patriarca de Antioquía

Homilía 5, sobre la Resurrección de Cristo, 6-9; PG 89, 1358-1362 (trad. breviario, difuntos)

“Tu hijo está vivo”

“Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muerto” (Rm 14,9). Pero, no obstante, Dios “no es Dios de muertos,

sino de vivos” (Lc 20,38). Los muertos, por tanto, que tienen como Señor al que volvió a la vida, ya no están muertos, sino que viven, y la vida los penetra hasta tal punto que viven sin temer ya a la muerte. Como Cristo que, “una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más”, (Rm 6,9), así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participo de nuestra muerte. Cristo, en efecto, no descendió a la tierra sino “para destrozar las puertas de bronce y quebrar los cerrojos de hierro” (Sal. 106,16), que, desde antiguo, aprisionaban al hombre, y para librar nuestras vidas de la corrupción y atraernos hacia él, trasladándonos de la esclavitud a la libertad.

Si este plan de salvación no lo contemplamos aun totalmente realizado -pues los hombres continúan muriendo, y sus cuerpos continúan corrompiéndose en los sepulcros-, que nadie vea en ello un obstáculo para la fe. Que piense más bien cómo hemos recibido ya las primicias de los bienes que hemos mencionado y cómo poseemos ya la prenda de nuestra ascensión a lo más alto de los cielos, pues estamos ya sentados en el trono de Dios, junto con aquel que, como afirma san Pablo, nos ha llevado consigo a las alturas; escuchad, si no, lo que dice el Apóstol: “Nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él”. (Ef. 2,6)

Palabras del Santo Padre Francisco

«La fe es dejar espacio a este amor de Dios; es dejar espacio al poder, al poder de Dios, al poder de alguien que me ama, que está enamorado de mí y desea la alegría conmigo. Esto es la fe. Esto es creer: es dejar espacio al Señor para que venga y me cambie». (S.S. Francisco, Homilía del 16 de marzo de 2015).

Meditación

“El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora cuando Jesús le había dicho: ‘Tu hijo está curado’”. Este es un pasaje muy peculiar pues encontramos a un Jesús que cura a distancia. Basta con un sencillo asentimiento de Jesús para que el milagro suceda, incluso sin su presencia física. Cabe resaltar la fe de este hombre que escuchó y creyó y, una vez de vuelta en casa, creyó de nuevo en el poder de Jesús.

Cuántas veces pedimos señales y señales, pero no nos atrevemos a creer. Este hombre pudo haber pensado que la sanación de su hijo a la misma hora que le había dicho Jesús era una coincidencia. Sin embargo, no fue así, él creyó por su experiencia. El encuentro que tuvo con Cristo le dejó la certeza suficiente para descubrir la acción del Señor incluso en el misterio.

Pidamos a Jesús que nos conceda descubrir su acción en los detalles. Quizá sea tan sencillo como un amanecer o una sonrisa, pero queda a ti descubrirlo como don del Señor o dejarlo al anonimato de la casualidad.

Oración final

Cantad para Yahvé los que lo amáis,
recordad su santidad con alabanzas.
Un instante dura su ira, su favor toda una vida;
por la tarde visita de lágrimas,
por la mañana gritos de júbilo. (Sal 30)

Oración introductoria

¡Señor, aumenta mi esperanza!

Petición

Ayúdame a confiar que todo lo que me sucede siempre es para mi bien y a aceptar siempre tu voluntad.

Lectura de la profecía de Ezequiel (Ez. 47, 1-9. 12)

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo del Señor. De debajo del umbral del templo corría agua hacia el este - el templo miraba a este -. El agua bajaba por el lado derecho del templo, al sur del altar. Me hizo salir por el pórtico septentrional y me llevó por fuera hasta el pórtico exterior que mira al este. El agua corría por el lado derecho. El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia el este, midió quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta los tobillos. Midió otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Midió todavía otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta la cintura. Midió otros quinientos metros: era ya un torrente que no se podía vadear, sino cruzar a nado. Entonces me dijo: «¿Has visto, hijo de hombre?». Después me condujo por la ribera del torrente. Al volver vi en ambas riberas del torrente una gran arboleda. Me dijo: «Estas aguas fluyen hacia la zona oriental, descienden hacia la estepa y desembocan en el mar de la Sal. Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente que se agita, allí donde desemboque la corriente, tendrá vida; y habrá peces en abundancia. Porque apenas estas aguas hayan llegado hasta allí, habrán saneado el mar y habrá vida allí donde llegue el torrente. En

ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales».

Salmo (Sal 45, 2-3. 5-6. 8-9)

El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro. Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar. R.

Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio, no vacila; Dios la socorre al despuntar la aurora. R.

El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 1-16)

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: «Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla». Él les contestó: «El que me ha curado es quien me ha dicho: “Toma tu camilla y echa a andar”». Ellos le preguntaron: «¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y echas a andar?». Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, a causa de ese gentío que había en aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor». Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Releemos el evangelio

San Máximo de Turín (i-c. 420)

obispo

Sermón de Cuaresma, CC Sermón 50, p. 202; PL 57, 585

“¿Quieres curarte? La Cuaresma conduce al bautismo.”

En el Antiguo Testamento leemos que en tiempo de Noé todo el género humano estaba perdido en el pecado, las cataratas del cielo se abrieron y durante cuarenta días las aguas de la lluvia se precipitaron sobre la tierra. Simbólicamente, durante cuarenta días la tierra fue empapada de agua. No se trata aquí tanto de un diluvio como de un bautismo. Fue un bautismo que quitó la iniquidad de los pecadores y liberó la justicia de Noé. Así, pues, el Señor, hoy como entonces, nos ha dado también a nosotros en la Cuaresma un tiempo para que durante el mismo número de días se abrieran los cielos para inundarnos de la misericordia divina. Una vez lavados en las aguas salvíficas del bautismo, nos ilumina el sacramento. Como entonces, las aguas se llevan la iniquidad de nuestras faltas y reafirman la justicia de nuestras virtudes.

La situación de hoy es la misma que en los días de Noé. El bautismo es un diluvio para el pecador y una consagración para los

fieles. En el bautismo, el Señor salva la justicia y destruye la injusticia. Lo vemos en un hombre concreto: Pablo. Antes de ser purificado por los preceptos espirituales era un perseguidor de la Iglesia y un blasfemo. Una vez bañado por la lluvia celestial del bautismo, el blasfemo murió, murió el perseguidor, murió Saulo y llegó a la vida el apóstol, el justo, Pablo... Cualquiera que vive religiosamente la Cuaresma y observa las prescripciones del Señor experimenta dentro de sí la muerte al pecado y la vida a la gracia. Sucediendo a sí mismo, de alguna manera, muere como pecador y vive como justo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús tenía autoridad porque se acercaba a la gente. Él “entendía” los problemas de la gente, entendía los dolores de la gente, entendía los pecados de la gente. Por ejemplo, Jesús entendió bien que aquel paralítico en la piscina de Betsaida era un pecador y después de haberlo sanado, ¿qué le dijo? “No peques más”. Lo mismo dijo a la adúltera. El Señor podía decir estas palabras porque era cercano, entendía, acogía, curaba y enseñaba con cercanía». *(Homilía del Papa Francisco, 9 de enero de 2018, en santa Marta).*

Meditación

Cristo es un médico que hace las cosas al revés. Normalmente, cuando alguien está enfermo va en busca de un médico o de una cura. Si nos duele la cabeza vamos por una aspirina; si nos caemos, vamos a que nos enyesen la mano o el pie. Pero nunca viene la medicina ni el médico hacia nosotros.

Cristo le dijo al hombre del evangelio: ¿Quieres curarte? En esta Semana Santa Cristo, una vez más, sale a nuestro encuentro. Él sabe más que nosotros mismos de qué estamos enfermos, pero debemos aceptar nuestras enfermedades.

Los dones personales, los sorprendentes milagros, toda la creación, los podemos ver como la seguridad sobre la cual fundamos nuestra vida católica.

Dejarnos sumergir en el océano de la misericordia de Dios es la cura de nuestros males.

Oración final

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. (Sal 144)

MIÉRCOLES, 02 DE ABRIL DE 2025
Hágase tu voluntad

Oración introductoria

Gracias por tu amor, gracias por tu voluntad que quiere mi salvación.

Petición

Señor, ayúdame a valorar el precio de tu sacrificio por mi salvación.

Lectura del libro de Isaías (Is. 49, 8-15)

Esto dice el Señor: «En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo, para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: “Salid”, a los que están en tinieblas: “Venid a la

luz.” Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua. Convertiré mis montes en caminos, y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos; miradlos, del Norte y del Poniente, y los otros del país de Sin. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados». Sión decía: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado». ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidará, yo no te olvidaré.

Salmo (Sal 144, 8-9. 13cd-14. 17-18)

El Señor es clemente y misericordioso.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. R.

El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan. R.

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones. Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 17-30)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo». Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo quebrantaba el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre. Lo que hace este, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que esta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo todo el juicio. para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. En verdad, en verdad os digo: quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo: llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió».

Releemos el evangelio

Venerable Pio XII (1876-1958)

Papa 1939-1958

Alocución del 19/03/1941 (Allocutions aux jeunes époux, I, Fêtes chrétiennes, Lethielleux, 1947), trad. sc@evangelizo.org

El misterio de la paternidad

¿Qué es la paternidad? Ser padre es comunicar el ser. Más todavía, es poner en este ser el misterioso haz de la vida.

Dios es el Padre del universo: “Para nosotros, hay un solo Dios, el Padre del que vienen todas las cosas” (1 Cor 8,6). Dios es el Padre, el Creador del cielo, del sol, de las estrellas que brillan en su presencia y cantan su gloria (...). Toda esta vida inmensa y variada es hija del amor de Dios, dirigida, sostenida, envuelta en su crecimiento y en su desarrollo por la paternal Providencia divina. (...)

Sin embargo, la paternidad es aún más elevada. Con el ser, con la vida vegetal y animal, comunica además una vida superior, la vida de inteligencia y amor. (...) El ángel y el hombre son hijos de Dios y lo manifiestan por la imagen y semejanza que han recibido de Él, en el orden natural.

Dios posee una paternidad más sublime todavía, que engendra hijos de adopción y gracia, en un orden superior a las naturalezas del hombre y de los ángeles y los rende participantes de la vida divina misma. Ella los llama a compartir su propia beatitud en la visión de su Esencia, en la inaccesible luz en la que se revela él y su íntimo secreto de su incomparable paternidad, con el Hijo y el Espíritu Santo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta, sin lugar a dudas, es la voluntad de Dios: la salvación del hombre, de los hombres, de cada uno de nosotros. Dios con su amor llama a la puerta de nuestro corazón ¿Por qué? Para atraernos, para atraernos a Él y llevarnos adelante por el camino de la salvación. Dios está cerca de cada uno de nosotros con su amor, para llevarnos de la mano a la salvación. ¡Cuánto amor hay detrás de todo ello! Así, rezando “hágase tu voluntad”, no estamos invitados a bajar servilmente la cabeza, como si fuéramos esclavos. ¡No! Dios nos quiere libres; y es su amor el que nos libera». *(S.S. Francisco, Catequesis del 20 de marzo de 2019).*

Meditación

Jesús tiene clara la certeza de que el motivo de su misión es hacer la voluntad del Padre. Muchas veces escuchamos la palabra “voluntad”, incluso podemos recordar que a los hombres condenados a muerte se les preguntaba precisamente su última voluntad. Esta voluntad expresaba el deseo más profundo de esos hombres, aquella cosa sin la cual no podrían morir tranquilos. La voluntad era un deseo que emergía desde lo más profundo del corazón.

Conforme la Semana Santa se acerca, nos encontramos con un escenario más intenso, casi casi como si fuera una serie de Netflix donde en cada capítulo se ve la compleja red de circunstancias que arrastran al protagonista hacia el clímax de la historia. El Evangelio de hoy dice precisamente que los judíos lo querían matar por hacerse como Dios. Personalmente, me imagino este pasaje como si fuera un capítulo de una serie que cierra la escena con una toma directa del rostro enfurecido de un fariseo.

Hay algo distinto entre el Evangelio y cualquier serie de Netflix, esto es, que nuestro protagonista no es arrastrado involuntariamente hacia un destino ineludible, sino que Él mismo acepta ese destino precisamente porque es la voluntad del Padre. Se puede entender que un hombre haya sido víctima de celos y ejecutado por conveniencia política, pero no se entiende que un hombre se haya entregado de tal manera a la muerte por propia voluntad. Este es el mensaje de Jesús, Él se entrega voluntariamente a la muerte porque quiere hacer la voluntad del Padre. El Padre tiene como voluntad el deseo ardiente de llevarnos otra vez al paraíso. La voluntad de Dios es que nos salvemos y Él está dispuesto a pagar la última consecuencia con tal de hacerlo. En efecto, pagó la última consecuencia y la pagó con su sangre.

Oración final

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan. (Sal 144)

JUEVES, 03 DE ABRIL DE 2025

La auténtica confianza en Dios

Oración introductoria

Señor Jesús, te pido que te hagas presente en mi vida, y de forma especial en este momento de oración.

Petición

Ayúdame a escuchar tu palabra, a interiorizar tu mensaje y a predicar tus enseñanzas con el ejemplo de mi vida cristiana, para ser así, un fiel colaborador en la extensión de tu reino. Amen.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 32, 7-14)

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: «Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto»». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú

sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Por qué han de decir los egipcios: “Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra”? Aleja el incendio de tu ira, arrepiéntete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo (Sal 105, 19-20. 21-22. 23)

Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo.

En Horeb se hicieron un becerro, adoraron un ídolo de fundición; cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba. R.

Se olvidaron de Dios, su salvador, que había hecho prodigios en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, portentos junto al mar Rojo. R.

Dios hablaba ya de aniquilarlos; pero Moisés, su elegido, se puso en la brecha frente a él, para apartar su cólera del exterminio. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 31-47)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio en favor de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el

Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su rostro, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 10,19 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi 53-54, Migne, 1993) trad. sc@evangelizo.org

Testigos de Cristo

Mis amados, son numerosos los testimonios verídicos sobre Cristo. Testimonio del Padre, viniendo del cielo, en cuanto a su Hijo. Testimonio del Espíritu Santo, que desciende bajo la forma corporal de una paloma. Testimonio de Gabriel arcángel, anunciando a María la Buena Noticia. Testimonio de la Virgen, Madre de Dios, testimonio del bendecido lugar del pesebre. (...) Juan Bautista es testigo, el más grande de los profetas, introductor de la Nueva Alianza y en cierta forma en su persona une las dos Alianzas, la Antigua y la Nueva.

Entre los ríos, el Jordán es testigo, y entre los mares es testigo el mar de Tiberíades. Los ciegos, los cojos, son testigos y los muertos resucitan. Los demonios testimonian diciendo “Sabemos quién eres: el Santo de Dios” (Mc1,24). Son testigos los vientos llevados al orden y al silencio. Son testigos los cinco panes que fueron multiplicados para cinco mil personas. (...) Los enemigos de ese tiempo testimonian y entre ellos, el bienaventurado Pablo, enemigo de un instante, esclavo por largo tiempo. Los doce apóstoles son testigos y han proclamado la verdad, no solamente en palabras sino por suplicios y muerte. (...)

Todos ellos y numerosos otros, son todos testigos. Cristo, sostenido por tantos testimonios ¿encuentra todavía la incredulidad? Si alguien permanecía incrédulo aún, que crea desde ahora. Si alguien era ya creyente, que progrese en la fe, creyendo en nuestro Señor Jesucristo, sabiendo de quien lleva el nombre. Eres llamado “cristiano”, respeta tu nombre. ¡Que tus bellas obras brillen ante los hombres, para que, a su vista, los hombres glorifiquen en Cristo Jesús nuestro Señor, al Padre de los cielos, a quien es la gloria ahora y por los siglos de los siglos! Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuando nosotros no nos paramos a escuchar la voz del Señor terminamos por alejarnos, nos alejamos del Él, damos la espalda. Una actitud que conlleva consecuencias: si no se escucha la voz del Señor, si escuchamos otras voces. Y de tanto cerrar los oídos, nos convertimos en sordos, sordos a la Palabra de Dios. Nadie puede sentirse fuera de esta situación. Todos nosotros, si hoy nos paramos un poco y miramos nuestro corazón, veremos cuántas veces -¡cuántas veces!- hemos cerrado los oídos y cuántas veces nos hemos convertido en sordos». *(S.S. Francisco, Homilía del 23 de marzo de 2017).*

Meditación

En el Evangelio de hoy, Cristo quiere llevarnos por un camino de purificación del corazón, así como intentó hacerlo con todos los que lo escuchaban en aquel momento, unos 2000 años atrás.

Cristo quiere invitarnos a confiar plenamente en Él por quién es y no por las cosas que podemos obtener de Él: bienes materiales, salud física, consuelos, milagros o la reputación social que da ser su seguidor. El Señor nos muestra sus milagros para que creamos en Él y, por medio de Él, en el Padre, pero es necesario que nos examinemos y descubramos si cada uno de nosotros ama los milagros de Dios, o más bien al Dios de los milagros.

Cuando logramos enamorarnos de la persona de Dios más que de sus dones, nuestra vida cambia y comenzamos a recibir no solo lo que nuestro corazón quiere sino también lo que realmente necesita.

Oración final

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo librá el Señor. (Sal 33)

VIERNES, 04 DE ABRIL DE 2025

¿Sabemos de dónde viene?

Oración introductoria

En tus manos me pongo Señor, quiero escucharte este día para saber qué quieres de mí.

Petición

Ayúdame, te lo ruego, a conocerte para poder amarte mejor.

Lectura del libro de la Sabiduría (Sab. 2, 1a. 12-22)

Se decían los impíos, razonando equivocadamente: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida; presume de conocer a Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios. Es un reproche contra nuestros criterios, su sola presencia nos resulta insoportable. Lleva una vida distinta de los demás, y va por caminos diferentes. Nos considera moneda falsa y nos esquivo como a impuros. Proclama dichoso el destino de los justos, y presume de tener por padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará y lo librá de las manos de sus enemigos. Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según dice, Dios lo salvará» Así discurren, pero se equivocan, pues los ciega su maldad. Desconocen los misterios de Dios, no esperan el premio de la santidad ni creen en la recompensa de una vida intachable.

Salmo (Sal 33, 17-18. 19-20. 21 y 23)

El Señor está cerca de los atribulados.

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R.

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo librá el Señor. R.

Él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn.7,1-2.10.25-30)

En aquel tiempo, recorría Jesús Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas. Una vez que sus hermanos se hubieron marchado a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es este el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene». Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha enviado». Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Comentario de san Juan, 19,12; PG 14, 548

“Buscaban como agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora”

Buscar a Jesús, a menudo es un bien, porque es lo mismo que buscar al Verbo, que es la verdad y la sabiduría. Pero me diréis que las palabras “buscar a Jesús” a veces se dicen refiriéndose a los que le buscaban para hacerle mal. Por ejemplo: “Buscaban como agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su

hora”. “Ya sé que sois linaje de Abraham; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras” (Jn 8,37). “Tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a mi Padre” (Jn 8, 40).

Estas palabras... no se oponen a esta otra palabra: “Quien busca encuentra” (Mt 7,8). Siempre hay diferencias entre los que buscan a Jesús: no todos le buscan sinceramente para su salvación y alcanzar su ayuda. Hay hombres que lo buscan por innumerables razones que están muy lejos del bien. Por eso tan sólo los que lo han buscado con toda rectitud han encontrado la paz, aquellos de los cuales se puede verdaderamente decir que buscan al Verbo que está junto a Dios (Jn 1,1), para que los lleve a su Padre...

Él amenaza con marcharse si no es bien acogido: “Yo me voy y me buscaréis” (Jn 8,21) ... Sabe muy bien de quien se aleja y cerca de quien permanece sin ser todavía encontrado, para que si se le busca se le encuentre en el tiempo favorable.

Palabras del Santo Padre Francisco

«A Jesús es necesario conocerlo en el diálogo con Él. Hablando con Él, en la oración, de rodillas. Si tú no rezas, si tu no hablas con Jesús, no le conoces».». (S.S. Francisco, Homilía del 26 de septiembre de 2013).

Meditación

“Pero éste sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Los judíos creen saber quién es Jesús, y por ello no le creen y muchas veces incluso intentan matarle; pero ¿en realidad saben quién es Jesús? ¿En realidad comprenden todo el misterio detrás de su vida? Hacen un juicio de lo que ven en el exterior: que es hijo de María y de José el carpintero, y por ello creen realmente saber quién es Jesús, pero para conocer a

Jesús no basta esa información, hay que ir más allá, hay que compartir con Él, hay que escucharlo, hay que seguirlo, hay que estar con Él.

En la actualidad sigue habiendo personas que no creen en Jesús, piensan saber que es un profeta más, piensan conocerlo, pero es necesario ir más a fondo para conocerlo. ¿Sabes quién es Jesús? Antes de responder, para que no te pase lo mismo que a varios judíos en ese tiempo, busca conocerlo, lee el Evangelio y escucha lo que te dice, ve a la Eucaristía y velo, ponte frente a un crucifijo y contempla su sufrimiento. No des respuestas instantáneas y no creas conocerlo, porque conocerlo es un don, pide ese don de conocerlo verdaderamente, y pídelo en la oración.

Oración final

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado. (Sal 50)

SÁBADO, 05 DE ABRIL DE 2025

Un corazón con sed

Oración introductoria

Aquí estoy Señor. Quiero estar este tiempo contigo. Mira este corazón que te busca. Tú conoces todo lo que llevo dentro. Conoces mis pensamientos, mis emociones, mis necesidades, mis heridas. Tú conoces esta sed del alma que se manifiesta en ilusiones, en proyectos, en nostalgias. Todo lo pongo en tus manos. Todo. Ilumíname para verme como Tú me ves.

Petición

Hazme dócil a tu voz. Creo Señor, pero ayuda mi fe.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 11, 18-20)

El Señor me instruyó, y comprendí, me explicó todas sus intrigas. Yo, como manso cordero, era llevado al matadero; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre». Señor del universo, que juzgas rectamente, que examinas las entrañas y el corazón, deja que yo no pueda ver cómo te vengas de ellos, pues a ti he confiado mi causa.

Salmo (Sal 7, 2-3. 9bc-10. 11-12)

Señor, Dios. mío, a ti me acojo.

Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame, que no me atrapen como leones y me desgarran sin remedio.
R.

Júzgame, Señor, según mi justicia, según la inocencia que hay en mí. Cese la maldad de los culpables, y apoya tú al inocente, tú que sondeas el corazón y las entrañas, tú, el Dios justo. R.

Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón. Dios es un juez justo, Dios amenaza cada día. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 7, 40-53)

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: «Este es de verdad el profeta». Otros decían: «Este es el Mesías». Pero otros decían: «¿Es que de Galilea va a venir el

Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?». Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: «¿Por qué no lo habéis traído?» Los guardias respondieron: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre». Los fariseos les replicaron: «¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos». Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: «¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?». Ellos le replicaron: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas». Y se volvieron cada uno a su casa.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Encíclica «Dives in misericordia», 7

«Este es el Mesías»

El mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres terminan con la cruz y la resurrección. Debemos penetrar hasta lo hondo en este acontecimiento final que, de modo especial en el lenguaje conciliar, es definido *mysterium paschale*, si queremos expresar profundamente la verdad de la misericordia, tal como ha sido hondamente revelada en la historia de nuestra salvación. En este punto de nuestras consideraciones, tendremos que acercarnos más aún al contenido de la Encíclica *Redemptor Hominis*. En efecto, si la realidad de la redención, en su dimensión humana desvela la grandeza inaudita del hombre, que mereció tener tan gran Redentor, al mismo tiempo yo diría que la dimensión divina de la redención nos permite,

en el momento más empírico e « histórico », desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el « principio » elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria.

Los acontecimientos del Viernes Santo y, aun antes, la oración en Getsemaní, introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental. El que «pasó haciendo el bien y sanando», «curando toda clase de dolencias y enfermedades» Él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y apelarse a la misericordia cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos. Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe. Incluso aquellos que están más cercanos a Él, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores. En esta etapa final de la función mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yahvé: «por sus llagas hemos sido curados» «A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros», escribía san Pablo, resumiendo en pocas palabras toda la profundidad del misterio de la cruz y a la vez la dimensión divina de la realidad de la redención. Justamente esta redención es la revelación última y definitiva de la santidad de Dios, que es la plenitud absoluta de la perfección: plenitud de la justicia y del amor, ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Todos los que tienen fe en Jesucristo están llamados a vivir en el Espíritu Santo, que libera de la Ley y al mismo tiempo la lleva a cumplimiento según el mandamiento del amor. Esto es muy

importante, la Ley nos lleva a Jesús. Pero alguno de vosotros puede decirme: “Pero, padre, una cosa: ¿esto quiere decir que si yo rezo el Credo no tengo que cumplir los Mandamientos? No, los Mandamientos tienen actualidad en el sentido de que son los “pedagogos” que te llevan al encuentro con Jesús. Pero si tú dejas de lado el encuentro con Jesús y quieres volver para dar más importancia a los Mandamientos, eso no va bien. Y precisamente este era el problema de estos misioneros fundamentalistas que se mezclaron entre los gálatas para desorientarles.

Que el Señor nos ayude a caminar sobre el camino de los Mandamientos, pero mirando al amor a Cristo hacia el encuentro con Cristo, sabiendo que el encuentro con Jesús es más importante que todos los Mandamientos». *(S.S. Francisco, Catequesis del 11 de agosto de 2021).*

Meditación

Todos tenemos un corazón con sed, un corazón que necesita, un corazón que le falta... algo. Tú y yo vamos por la vida buscando. Buscamos cosas buenas. Buscamos salud, familia, amigos, estabilidad, apoyo... y de alguna manera lo encontramos. Pero la sed del corazón no se apaga ahí. Siempre que encontramos algo bueno o que parece bueno, queremos más y más. Más relaciones, más descanso, más dinero, más estabilidad, más y más y más..., es ahí que descubrimos que no fuimos hechos para las cosas. San Agustín lo decía: “Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Así es el hombre y las personas de hace dos mil años no eran diferentes en este sentido.

El Evangelio nos muestra a estas personas que, como nosotros, buscaban “algo más” y lo encontraron en Cristo. Comenzaba a llenarse ese espacio en el corazón. «Jamás ha hablado nadie como ese

hombre» decían los guardias. Pero no eran solo un discurso bonito. Era algo más grande y ni siquiera ellos podían expresarlo bien. No sólo era su forma de hablar. Era su forma de escuchar, de perdonar, de sanar, de reprender, de amar.

Estos hombres se encontraron con Cristo. Con el Cristo real. No con una idea o una novela motivacional. Se encontraron con Cristo-Dios. Tú y yo de alguna manera también nos hemos encontrado con ese mismo Cristo o queremos encontrarnos con Él. La Buena Nueva es que Él está aquí. Te escucha, te ve, habita en ti cuando después de una buena confesión lo recibes en la comunión.

Es verdad, pero como cualquier relación verdadera, es personal. El Evangelio termina diciendo: “Y se volvieron cada uno a su casa.” Cada uno elige abrirle las puertas a este Cristo. Tú también hoy puedes simplemente volver a tu casa, a tu vida ordinaria. Puedes “hacer tu oración” y volver a cerrar la puerta de tu alma. Pero también puedes dejar las puertas abiertas y dejar que Cristo entre en tu vida.

¿Cuál es la sed de tu alma? Pregúntale al Señor: ¿Hoy cómo te abro más las puertas?

Oración final

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado. (Sal 50)